



QUIEN FUE JESÚS DE NAZARET

Presentación de José Ignacio González Faus

Un poema anónimo

“Nació en una pequeña aldea, hijo de una mujer del campo.
Creció en otra aldea donde trabajó como carpintero
hasta que tuvo 30 años.
Después, y durante tres años, fue predicador ambulante.
Nunca escribió un libro. Nunca tuvo un cargo público.
Nunca tuvo familia o casa. Nunca fue a la universidad.
Nunca viajó a más de trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento.
Nunca hizo nada de lo que se asocia con grandeza.
No tenía más credenciales que él mismo.
Tenía sólo treinta y tres años cuando la opinión pública
se volvió en su contra.
Sus amigos le abandonaron.
Fue entregado a sus enemigos, e hicieron mofa de él en un juicio.
Fue crucificado entre dos ladrones.
Mientras agonizaba preguntando a Dios por qué le había abandonado,
sus verdugos se jugaron sus vestiduras, la única posesión que tenía.
Cuando murió fue enterrado en una tumba prestada por un amigo.
Han pasado veinte siglos, y hoy es figura central de nuestro mundo,
factor decisivo del progreso de la humanidad.
Ninguno de los ejércitos que marcharon,
ninguna de las armadas que navegaron,
ninguno de los parlamentos que se reunieron,
ninguno de los reyes que reinaron,
ni todos ellos juntos, han cambiado tanto la vida del hombre en la tierra
como esta Vida solitaria”.

Este poema anónimo, describe perfectamente lo que constituye el asombro y la dialéctica del hombre Jesús de Nazaret, nacido y ejecutado en Palestina hace unos dos mil años. Esa dialéctica recubre a su vez toda la vida de Jesús, la cual puede ser calificada como “un debate sobre Dios”. Debate mantenido con los representantes “oficiales” de Dios, en el que Jesús termina siendo acusado y condenado como blasfemo, para más tarde ser confesado como “Palabra” e “Hijo Único” de Dios.

Esa blasfemia consistió en anunciar, poner en práctica y hacer presente a un Dios que no era el dios de los poderes religioso o político, sino el Dios de los excluidos o marginados por esos poderes. De esta manera, aquel hombre anónimo, que no fue

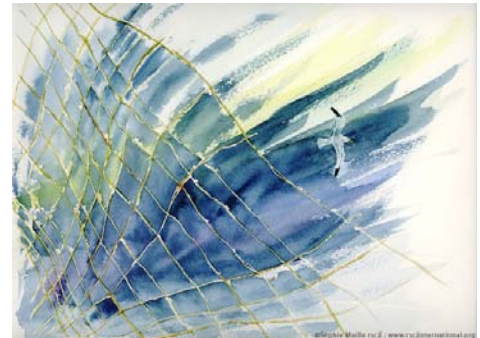
doctor, ni tuvo cargos ni escribió libros, acabó realizando la mayor revolución espiritual de la historia humana: dejó sentado que el camino hacia Dios no pasa por el Poder, ni por el Templo, ni por el sacerdocio, ni por la Ley, ni siquiera por la estética (a la que Jesús por otra parte era bien sensible), sino por los excluidos de la historia. Una revolución tal que quizá sea inasimilable para nosotros. Pero que "ahí está", para nosotros también.

Este escrito intenta presentar someramente a ese personaje tan conocido y tan desconocido. Tarea difícil: pues de ningún otro individuo humano se han ocupado tanto los hombres a lo largo de la historia. Y esa infinita literatura ha dado lugar, inevitablemente, a una auténtica "babel" de teorías y de explicaciones las cuales, muchas veces, no estuvieron exentas de aquello que profetizaba el viejo Simeón: este niño va a "poner al descubierto muchos corazones" (ver Lc 2,35).

Es imposible, ahora adentrarse en esa babel. Por eso será mejor comenzar preguntando simplemente a varios de los primeros testigos, lo que fue Jesús para cada uno de ellos. Conviene que sean varios, por si nos sorprende la pluralidad de las respuestas. Pero quizá eso signifique que cada una tiene algo que decir y que ninguna puede decirlo todo.

1.Pablo: liberación de la libertad

Comienzo por Pablo porque, al igual que nosotros, no fue testigo inmediato de la vida de Jesús sino sólo de su Resurrección. Aquel fanático perseguidor de los cristianos, que acabó siendo uno de ellos y liderando a muchos de ellos, vivió obsesionado por comunicar su experiencia de Jesús que él resume así: la "verdad del evangelio" es "la libertad que tenemos en Jesús el Mesías". Y esa libertad consiste en que "en Jesús el Mesías ya no hay judío o pagano, mujer o varón, libre o esclavo". Mensaje de una radicalidad tal que ni veinte siglos de cristianismo han logrado darle realidad suficiente.



Esa libertad proviene de que el hombre ya no tiene que ganarse a Dios a base de su honorabilidad moral. Pues "el Mesías nos rescató de la maldición de la moral", sin arrojarnos por eso a la esclavitud del deseo. Ello se debe a que en todo el acontecimiento de Jesús se ha revelado el amor incondicional de Dios a cada ser humano y Su estar decididamente de parte del hombre.

Ese amor incondicional devuelve al ser humano una dignidad y una tranquila fe en sí mismo, que Pablo expresa con la palabra tan jesuánica de "filialidad": *Cristo vino para hacernos hijos y su Espíritu clama en nosotros "Abbá" (Padre)*.

De este modo, "El Mesías nos liberó para que vivamos en libertad". Así, las obras que antes exigía la moral brotarán para Pablo del interior del ser humano, como respuesta espontánea a esa buena noticia del saberse amado por Dios.

2. Santiago: los pobres señores del Reino

Santiago, "el hermano del Señor" que no había creído en Él durante su vida, fue testigo de una aparición del Resucitado, y acabó creyendo en Jesús, y siendo líder de la comunidad cristiana de Jerusalén. Según parece, tuvo dificultades para integrar su fe en Jesús con su antigua religiosidad judía. Pero estas mismas dificultades, le sirvieron para subrayar, en su experiencia de Jesucristo, lo más válido y definitivo de la tradición del A.T.: la identidad entre Dios y la justicia.

En efecto: tras su encuentro con Jesús, Santiago escribe que *"la fe en el Señor Glorificado" no es compatible con un trato mejor a ricos que a pobres en el interior de la comunidad, porque eso sería "blasfemar del hermoso Nombre que invocamos", ya que los pobres son "elegidos de Dios y herederos del Reino"*. Si esto vale al interior de la comunidad cristiana, le permitirá recobrar, para la sociedad civil, las diatribas de los profetas contra los ricos. *Esos que viven diciendo: "iremos a tal ciudad, negociaremos allí y ganaremos dinero" han de saber que "el salario no pagado a los obreros, clama al cielo... y llega a los oídos del Señor"; que ellos no hacen más que "matar al Justo que no se resiste", pero que algún día se encontrarán con la venida del Señor*. Estos son prácticamente los únicos pasajes con alusiones "al Señor Jesucristo" en esta carta llena de normas de conducta. Pero ellos le permiten remontarse hasta la esencia cristiana de la religiosidad: *"la verdadera religión ante Dios consiste en atender a los excluidos e indefensos y no dejarse contaminar por los criterios de este mundo"*.

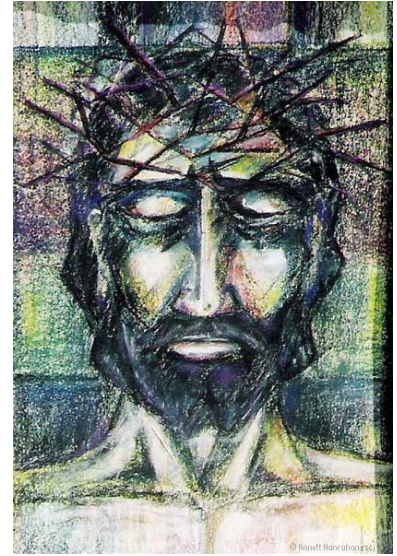


3. Juan: el fin de la religión

Los escritos llamados joánicos no son de un único autor, sino de toda una comunidad, y han atravesado diversas fases en su redacción. En esta comunidad parece haberse dado la experiencia más intensa de Jesús. Ningún escrito del N.T. habla tan intensamente de Jesús. Pero, al hablar de Jesús, se habla de Dios y del amor a los hombres. *El que no conoce al Hijo no conoce al Padre. Pero al Hijo se le conoce "guardando su mandamiento"*. Este mandamiento es el *"amamos los unos a los otros"*. Aunque parece un mandamiento viejo (de hecho está presente en todas las religiones), para el seguidor de Jesús es un mandamiento "nuevo" porque Jesús lo ha convertido en experiencia de Dios. Por eso, si nos amamos *"hemos pasado de la muerte a la vida y hemos conocido a Dios"*. *Mientras que si alguien dice que ama a Dios ¡a quien no ve! y no ama a su hermano a quien ve y, a veces, experimenta como bien poco amable es un embustero*. De ahí que la experiencia de Dios hecha a través de Jesús por esta comunidad, quedara resumida en la frase *"Dios es amor"* que no debe ser separada de la otra: *"Dios es Luz"*.

4. Pedro: la no violencia de Dios

El autor de la primera carta de Pedro parece proyectar sobre los destinatarios su propia experiencia de Jesús, cuando les dice que *“han gustado cuán bueno es el Señor”* y que por eso le aman y creen en Él sin haberle conocido. Pero quiere advertirles que *esa bondad que aman convierte a Dios en débil y piedra de tropiezo en este mundo, como la piedra rechazada por los constructores*. Y quiere que este recuerdo capacite a sus lectores para soportar el *“ser rechazados por el nombre de Cristo”* o *“sufrir por ser cristianos”*: porque así seguirán las huellas de *Jesús que no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca, que al ser insultado no devolvía los insultos, ni respondía al maltrato con amenazas, y cuyas heridas nos han curado porque, –al morir por nuestros pecados– nos abrió el camino para morir nosotros a nuestros pecados y vivir para la justicia*.



No sabemos si es Pedro el autor de esta carta, que parece transida de alusiones a la figura isaiana del Siervo de Yahvé. Pero se comprende que se la haya puesto bajo su nombre, para evocar tanto la conflictividad cristiana como el recuerdo de aquél que, ante esa conflictividad, había respondido con la espada y había acabado negando al Señor, para verse regenerado por Su perdón. En cualquier caso, el autor de la carta busca que esta actitud no violenta marque no sólo las relaciones sociales del cristiano, o sus relaciones familiares y eclesiales, sino también su respuesta a la persecución. Porque, al participar en el rechazo de la piedra angular, se participa también en su destino final. Ello le permite formular *que “hombres libres no son los que toman la libertad como un pretexto para la maldad”, sino los que “obrando el bien tratan de cerrar la boca a los insensatos”*.

EN CONCLUSIÓN

El recuerdo de Jesús, en algunos de sus primeros testigos, se revela como una verdadera sacudida en la religiosidad humana, y un auténtico debate sobre Dios. Jesús parece haber hablado poco sobre Dios. Pero puso en práctica un Dios *Fundamento* de libertad, *Vindicador* de lo excluidos, *Presente* en el fraterno amor a los hombres y voluntariamente *Débil* ante el rechazo humano. En adelante, optar por Dios habrá de implicar optar por el hombre. Y optar por el hombre habrá de implicar optar por el pobre. Pero esta triple opción deberá llevarse a la práctica en un marco de no violencia y de respeto a la libertad de los demás. Vale la pena que intentemos acercarnos a ver quién y cómo fue el autor de esa silenciosa revolución religiosa.

1. ACERCAMIENTO A LOS HECHOS

Jesús debió nacer hacia el año 5 antes de nuestra era. Uno de sus biógrafos, el que asegura haber investigado más minuciosamente, no teme contradecir el género literario de las biografías de grandes personajes, afirmando que nació en una cueva que servía de establo o de pesebre. Vivió de niño en Nazaret y, como era normal, aprendió la profesión de su padre, que hoy situaríamos en "el gremio de la construcción".

1. ESBOZO NARRATIVO

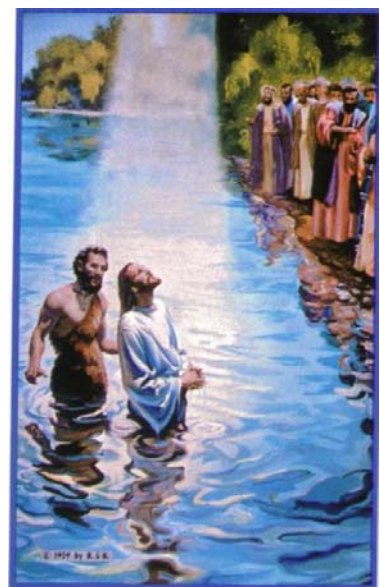
1.1. Expectativas

Debió escuchar la predicación de Juan Bautista puesto que acudió a ser bautizado por él. En esta predicación (o quizá en algún hipotético contacto con los esenios) se fue gestando en él una peculiar experiencia de Dios que llevaba aneja una particular conciencia de misión. La llamo peculiar porque no cabe en ninguno de los cuatro grupos religioso-políticos que dividían la sociedad en que vivió: ni en la aristocracia saducea, ni en los observantes fariseos, ni en los "monjes" esenios, ni en lo que entonces sería el germen de los revolucionarios "zelotes" que aún no existían como movimiento organizado pero sí como sensibilidad ambiental. A lo más cabría decir que Jesús anduvo más cercano a estos dos últimos, de los que también se separó: del tercero por su negativa a despreciar a las masas y a considerarse del grupo de los "santos y puros". Y del cuarto por su rechazo de la violencia terrorista como medio liberador.

Del imperio romano, parece que lo que más irritaba a Jesús era *la colaboración de la aristocracia sacerdotal (saduceos) con él*, aún más que la misma dominación romana. Finalmente, otro rasgo de marginalidad en aquella sociedad nos lo da el hecho de que Jesús nunca se casó.

Hacia los 28 años, y como fruto de la experiencia dicha, comenzó a recorrer los poblados de Galilea, Judea, Samaría y la Decápolis, anunciando la inminencia de una intervención divina en la historia, a la que él llamaba "reinado de Dios". También parece cierto que en ese recorrido Jesús eludía (¿deliberadamente?) las grandes ciudades.

Esa actividad parece haber estado marcada por algún "gesto inaugural". En primer lugar el bautismo por Juan, como un pecador más, y con un tipo de experiencia "filial" que confirmó su conciencia de misión. Pero quizá



también algún discurso como el que cuenta Lucas 4 al comienzo del ministerio de Jesús, en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús lee el capítulo 61 de Isaías (suprimiendo quizá la frase que habla de venganza), y comenta que aquello “se está cumpliendo hoy ante vosotros”, provocando un primer conflicto serio.

Su praxis no era sólo verbal. Iba acompañada por una serie de gestos “llamativos”: curaciones, contactos y acogida de gente “impura”, y comidas con los excluidos sociales. En cualquier caso, su actividad desata inmediatamente un éxito clamoroso en las masas, y una reticencia creciente en los ambientes “eclesiásticos”.

Los evangelios merecen crédito cuando describen a Jesús envuelto por “masas”, “turbas”, “multitudes”, y cuando cuentan que esas masas se maravillaban del “poder de libertad” (eksousía) de sus palabras, que no eran como las de los escribas y fariseos. El comienzo de Marcos recoge, a la vez, ese éxito clamoroso, y una serie de conductas “sospechosas”: en sólo dos capítulos Jesús toca a un leproso (= contrae impureza), llama a un publicano, quebranta dos veces el sábado y se atribuye el poder divino de perdonar pecados. Es casi normal que semejante arranque llevase a un veredicto negativo por parte de los “bienpensantes”.

En esta situación tan contrastada, parece también históricamente cierto que Jesús rechazó la vía del poder, que algún evangelista describe como un intento de “proclamarlo rey”.

1.2. Crisis



Hacia la mitad de su vida pública, se produce una crisis importante: sus discípulos reciben con frecuencia el reproche de no entender. El pueblo aparece también como desconcertado (y un evangelista pone en labios de Jesús este duro reproche: “me buscáis no porque habéis entendido mis signos sino porque comisteis hasta saciaros”).

Los fariseos le exigen una prueba irrefutable que Jesús se niega a dar. La crisis le llevó a poner a sus discípulos en una situación de decisión. Parece cierto que fue gracias a una confesión impulsiva y generosa de Pedro, como los discípulos fueron resolviendo su desconcierto. Ellos y el pueblo seguirán tras él, pero mucho más atraídos por la fuerza de su irradiación, que por haberle comprendido plenamente.

La segunda parte de su camino, parece haber estado marcada por un horizonte más nublado. Aunque la crisis no altera las “entrañas conmovidas” de Jesús que eran el motor de toda su actividad, sí que se nota una búsqueda de caminos nuevos: menos apariciones en público, más dedicación a sus discípulos, y algunos períodos de refugio en el extranjero. El testimonio de los evangelios parece también creíble cuando, en esta segunda mitad, cuentan muchas menos curaciones y actos “milagrosos” de Jesús.

1.3. Desenlace



La confrontación sigue hasta que Jesús se decide a afrontarla subiendo a Jerusalén, para llevarla hasta el centro mismo de su fe judía. La estancia en Jerusalén tiene un esquema semejante al de la vida anterior: éxito clamoroso a la llegada (con el consiguiente miedo de los dirigentes religiosos), días de controversia en el atrio del Templo, unas palabras estremecidas de Jesús sobre Jerusalén, en las que definió a la capital religiosa como aquella que “mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados por Dios” y, por último, la decisión de los sumos sacerdotes de acelerar la “solución final”. Según la cronología de los evangelios, menos de una semana en Jerusalén, y entre uno o dos años de actividad en Palestina. Hasta ese punto resultó molesto.

El empeño biográfico permite decir poco más. Pero, en contra de lo que suele pensarse, eso no es sólo una desgracia. Es también expresión de una cierta anonimidad pretendida. Uno de los más antiguos himnos creyentes en Jesús, proclama que su “condición divina” no fue obstáculo para que se presentara “como uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera”. Una presentación de Jesús fracasaría si el lector no llega a imaginarlo como uno más: entre los pecadores que se acercaban al bautismo de Juan; caminando por las callejas como un hombre cualquiera, sin ningún tipo de carroza o “jesusmóvil” que le distinguiera de las gentes; vestido como los galileos de su época; usando los baños y piscinas públicas con la posibilidad de acercarse a quienes allí están (ver Jn 5, 2ss) y sin necesidad de construirse sus propias instalaciones exclusivas; tratando precisamente con aquellos con quienes nosotros no solemos tratar, y no con aquellos otros con quienes suelen codearse los grandes y los jefes de este mundo. La precariedad de su biografía es expresión de esa anonimidad que es factor esencial de su teología.

2. LA ACTIVIDAD DE JESÚS

No obstante, sí que es posible extraer del marco anterior algunas de las formas concretas de su actividad. En ese bienio escaso Jesús:

- a) *Comunicó y anunció* (mejor que enseñar) lo que es el Reino de Dios que llega. A esto remite el asombro que su predicación despertaba, las bienaventuranzas, las parábolas etc. Ampliaremos este punto en el capítulo siguiente.
- b) *Compartió mesa*, intereses y sentimientos con los excluidos de aquella sociedad.
- c) *Acoyó y curó*, entendiendo estas acciones como señales de la llegada del Reino.
- d) *Llamó a algunas gentes sencillas* para que le siguieran en el estilo de vida que emprendía. Parece seguro que los envió a anunciar el Reino, y que trató de construir con ellos una especie de “comunidad alternativa” que no se rigiera por los criterios de la sociedad civil de aquella época, que Jesús resumía así: “los que

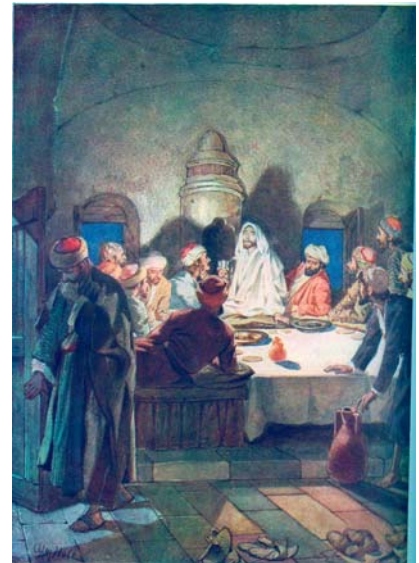
gobiernan tiranizan, y encima se hacen llamar bienhechores" "entre vosotros no sea así").

e) *Entró en conflicto con la teología oficial* (en temas como el sábado, en qué consiste la pureza del hombre, con quiénes está Dios, cuál es el sentido y valor de la Ley...).

f) *Entró en conflicto con el Templo y el culto oficial*, permitiéndose incluso una acción de cierta dureza, al echar por tierra todo el montaje de ventas que posibilitaba el culto, y declarar que aquel Templo estaba llamado a desaparecer y ser sustituido por otro "no hecho de manos humanas".

g) *Desató la necesidad de quitarlo de en medio* violentamente y ejemplarmente. Necesidad que se justificó en nombre de Dios, pero que procedía de la sensación de amenaza que acompañaba a su anuncio del Dios del Reino.

h) Cuando ya vio venir el final, *apostó por la esperanza* hasta tal punto, que decidió celebrar una cena con los suyos. En ella hizo un gesto simbólico, que las comunidades cristianas aún repiten: compartió el pan (símbolo de la necesidad humana) y pasó una copa de vino (símbolo de la alegría comunicada), dando a entender que en ese gesto de la necesidad compartida y de la alegría comunicada, se resumía su vida y Él se haría presente ente los suyos.



CONCLUSIÓN

Cerraremos esta rápida panorámica señalando que de los títulos que la investigación moderna da a Jesús (y que no pretenden ser títulos creyentes, sino "flashes" del personaje), los dos más satisfactorios son los que le califican *como "un judío marginal" y como "profeta escatológico" o "del fin de los tiempos"* (que, repito, no es un título creyente puesto que no se pronuncia sobre la veracidad de ese profeta). Estas instantáneas me parecen preferibles a otros títulos (un sabio, un santo, un revolucionario, un itinerante similar a los cínicos griegos...).

Quizá, a estos dos títulos elegidos, habría que añadir el de (hijo de) **EL HOMBRE**: porque parece muy probable que es así como Jesús se designó a sí mismo, y porque entraña una ambigüedad muy del gusto de Jesús: puede aludir a "un hombre cualquiera" pero alude también a la plenitud utópica del ser humano (por eso lo escribo con mayúsculas)

